

Las últimas manadas del desierto

Fanny Campillo

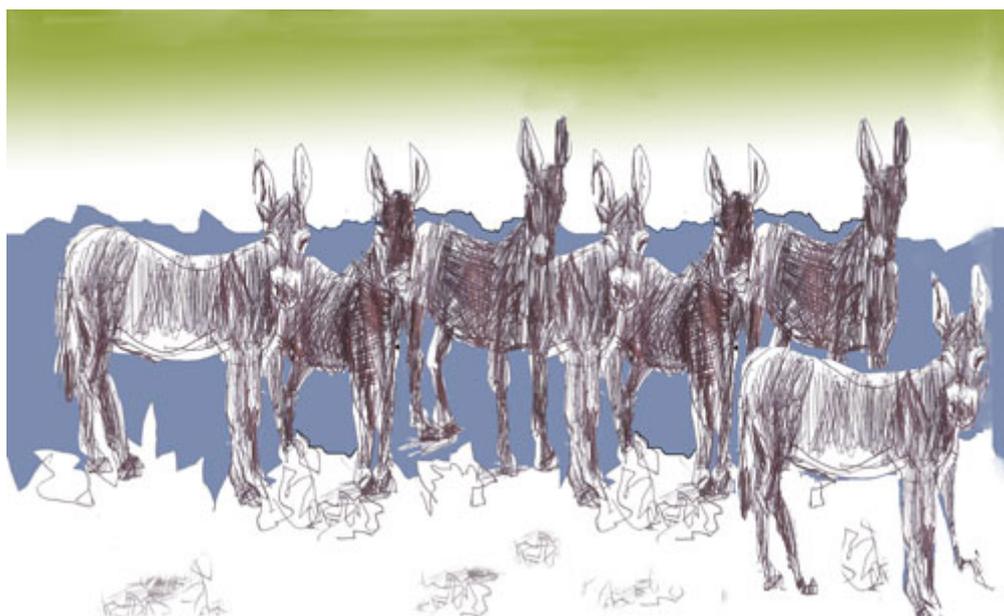
Quince, dieciocho burros posan erguidos, flanco contra flanco, allá arriba, a la orilla del cantil rojizo. Observan atentos cómo nos acercamos cautelosos, con paso lento y sin balancear los brazos para no espantarlos, como si fuésemos tres cardones más de los pocos que sobreviven en este desierto. Una rara llovizna de dos horas que terminó antes del amanecer permitió a nuestro rastreador seguir con facilidad las huellas frescas de la manada. Por el flanco derecho va elevándose el sol para recortar en negro el perfil de la sierra de San Francisco y pintar de amarillo la enorme planicie de El Vizcaíno que se extiende hasta el azul Pacífico, desde donde siguen llegándonos con la brisa, algodunosos manchones de neblina.

Tras varios días de búsqueda y espera interminable junto a las tinajas y agujajes a los que los burros llegan a beber, estamos al fin frente a una manada. En la parte alta del cerro brillan, húmedos todavía, sus pelajes variopintos en los que domina el gris con negras rayas en la cruz y en la caña de las patas. Hay también retintos oscuros junto a fantasmales tordillos y hasta un bayo café con leche, todos con la emblemática crin alborotada y rebelde que recorre el pescuezo desde atrás de las grandes orejas, para anunciar la innegable condición cimarrona de quienes la portan y sacuden, briosos. Mi imaginación desbocada me hace pensar que estos animales se sienten orgullosos de su estirpe cimarrona, ganada al galope a estos otros animales de dos patas que hoy los observan asombrados. Algo en su memoria genética dirá a los burros que sean cautelosos con esos seres de pausados movimientos. Algo en su atavismo les habrá indicado que los bípedos lentos podrían ser portadores de antídotos contra la libertad: lazos, cercas de alambre, trabajo esclavo o, en el peor de los casos: balas, muerte.

Llegaron a estos territorios a partir de 1700, cuando alcanzaron la libertad huyendo uno a uno, a la chiticallando, de los establecimientos misionales jesuíticos, negándose a poner sus lomos al servicio de fatigosos experimentos sociales tendentes a fundar “ciudades de Dios” en estos páramos. Fueron prolíficos los ancestros abisinios de estos asalvajados asnos (*Equus asinus*) que hoy nos miran entre desconfiados y curiosos desde su observatorio elevado. Aquellas manadas iniciales compitieron ventajosas con venados, borregos y berrendos por el magro alimento que el desierto ofrece en forma de breves pastos de verano y retoños de algunos arbustos para el ramoneo. Pero su número disminuyó sensiblemente durante la segunda mitad del siglo anterior, conforme crecían los pueblos pesqueros de la zona Pacífico Norte, a orillas de la Reserva de la Biosfera de El Vizcaíno en cuyo centro estamos, flanqueados al oeste por los cuarteles de invierno lagunarios donde se reproducen las ballenas

grises, y al este por la sierra de San Francisco con sus milenarias, misteriosas pinturas murales plasmadas en los cantiles por gigantes del arte.

Esta manada ha estado paciando y ramoneando en las estribaciones del picacho de Santa Clara, una espigada elevación de color rojizo que brota de la planicie como una grande y solitaria atalaya de 800 metros. El manadero jefe, macho alfa del grupo, es sin duda el retinto de gran alzada que con tranco nervioso recorre ahora su manada, se detiene, cabecea, piafa y muerde repentinamente los flancos y corvas de las hembras y machos jóvenes que custodia, empujándoles con violencia fuera de nuestra vista. Hemos de ascender con dificultades hasta el sitio donde estaban para ver la blanca polvareda caliginosa que su estampida va dejando tras ellos allá abajo, en la planicie previa al salitral que anuncia una laguna salada. Quien ha visto alguna vez la maravilla del galope de una manada de burros cimarrones jamás olvidará la rítmica elegancia de su tranco y la agilidad y gracia con las que estos animales sortean los obstáculos de un terreno quebrado, difícil: las orejas enhiestas y la cola que bate el aire para equilibrar al vuelo los elegantes pataleos y los giros abruptos de la panzuda bestia.



Emplaza rápido su tripié el fotógrafo tratando de capturar con el telefoto el movimiento en la lejana escena. El motor de su cámara habrá zumbado afanoso, atrapando en sus cliques cada pose, actitud, mancha, pelambre, corcoveo y gesto individual de los animales antes de la estampida y ahora ya, con estas tomas a la carrera (literalmente), por fin tenemos algún material para ilustrar esta expedición que, hasta la noche de ayer, sólo expectativas y frustración había producido en sus integrantes: fotógrafo-aguador, guía-cocinero, y redactor-leñador-chofer. Pero lo fundamental era, es, que los cimarrones existen... todavía.

En San Ignacio, en Abreojos, en Guerrero Negro habíamos estado persiguiendo una quimera. “¿Burros mesteños? No, amigo, ya no. Hubo, sí, y bastantes, pero se los acabaron los cazadores... Es que a mucha gente de antes le gustaba comer su carne en *machaca* y asar sus costillares como si fueran venados”.

Nos negábamos a aceptar su desaparición, fundando esta negativa en absurdos argumentos éticos (“Es un crimen ecológico; los mesteños son símbolo de vida en libertad e independencia absolutas”) y hasta estéticos (“Son unas bestias hermosas, elegantes, orgullosas... en todo diferentes al burro doméstico”). Por ello quisimos seguir buscando sus rastros en el difícil territorio de El Vizcaíno: ninguna sombra y sí blancos salitres extendidos junto a la costa en los que nada vegetal crece; marcianos cerros de malpaís con piedras volcánicas de un rojo quemado, amontonadas, amotinadas en cúmulos desde la última erupción del volcán de las Tres Vírgenes, o dispersas y filosas en las laderas; cañadas de arroyos secos con pálidas arenas sedientas durante años, como el resto de lo que está o vive en esta región natural que de aquí arranca, pasa por Sonora y llega hasta Arizona.

En el aguaje de El Coyote nos habíamos encontrado con ellos. Acampados en la cercanía de esta poza pestilente escondida en el ijar de un montecito chaparro --sus aguas escasas y salobres casi cubiertas por el zacatón-- la madrugada del que habíamos decidido sería “el último día de búsqueda” escuchamos el rumor apagado de muchos cascos acercándose cautelosos. El viento nos traía el picante olor de sus sudores acumulados. En el casi sólido silencio aquél en el que nada vuela o repta, pudimos escuchar incluso el rumor de las amargas aguas que sus belfos jalaban del manantial y bombeaban ruidosos garganta arriba para descender hasta sus poderosas, abombadas barrigas. Terminaron de beber y luego de un relincho que habrá sido la corneta de órdenes del manadero jefe, salieron en estampida en medio de una tropelada diríase que alegre y juguetona: satisfecha ya la necesidad. No había salido el sol aún y sólo sombras pudimos intuir enrumbando escandalosas hacia el norte, hacia el picacho en cuya cercanía habríamos de encontrarles más tarde, fácilmente ya, tras la llovizna.

Regresamos al vehículo de doble tracción y los seguimos a distancia. Son bastante veloces, llegando hasta los 50 kilómetros por hora en tramos cortos, y también muy resistentes: capaces de moverse por el desierto a galope sosegado durante dos horas, mientras buscan las distantes pozas de agua donde abrevan y los sitios en que encuentran mejores pastos. Nos llevarían en esta correría hasta la sierra de Castro, en cuyas elevaciones visitaron una tinaja que guardaba agua a la sombra de un cantil, tal vez desde el invierno anterior. Hicieron rumbo luego hacia el noroeste, donde la bahía de Sebastián Vizcaíno, y los seguimos en el jeep, con el motor a media marcha ascendiendo y descendiendo por el médano apenas oreado tras la lluvia, hasta que un resbalón desde una duna alta hizo que nos deslizáramos de costado hasta un escondido lodazal

barrealoso, donde el vehículo clavó sus llantas traseras. Treintaiséis horas pasarán antes de que podamos salir del atascadero. No volveremos a verlos ya.

Las opiniones entre los ecologistas se dividen respecto de la conveniencia de permitir que estos burros sigan compitiendo por el alimento con venados y, sobre todo, con los doscientos berrendos peninsulares que sobreviven en el corazón de El Vizcaíno. Si el primero en tiempo es primero en derecho, venados y berrendos llevan mano. Pero, ¿qué hacer entonces con los burros cimarrones? Además, ¿por qué no mejor controlar el sobrepastoreo que representan las vacas y chivos que en la zona han sido introducidos más recientemente por pescadores-rancheros?

Por sus más de trescientos años de vagar en el territorio peninsular, estos asnos cimarrones son parte importante del ambiente desértico sudcaliforniano, y debieran ser también protegidos por las autoridades de Ecología. El derecho a galopar con la melenuda, libertaria crin al viento, parecen habérselo ganado. Constituyen, con alguna otra, las últimas manadas cimarronas de El Vizcaíno.